

Pero marcha, hijo mío, con tu flauta y tu lira
 Adonde Dios te llame y tu flauta te lleve,
 Lo que el Amor te dé y la Vida te inspira.

Haz tus versos de noche, haz tus versos de nieve;
 Tú tienes el poder de la lengua y la lira
 Con el dácilo dúctil y con la danza leve...

Babyhood.

A Julia Beatriz Berisso.

Concreción de un jardín de amores,
 Con tu faz de querubín serio,
 Cual si supieras el misterio
 De la humana flor de las flores;

Pronto estarás en la estación
 En que tu intuición adivine
 A Dios, cuando el pájaro trine,
 O palpites tu corazón.

Adivinando a Dios, o al dios
 Que en tu mente y en tus sentidos,

Por el dulce enigma de dos,
Te dé el secreto de los nidos.

Seas emperatriz futura
Y un corazón sea tu imperio,
Por la beldad de tu ternura
Y el cetro de tu cautiverio.

Y versos dulces sean dichos
En donde trisquen halagüeños
Los cervatillos de tus sueños
Con las corzas de tus caprichos.

Y huelle tu talón de rosa
La arena de oro perfumado
Por los unguentos de la Esposa
En los jardines del Amado.

El padre nuestro de Pan.

Padre nuestro, padre ambiguo
De los milagros eternos
Que admiramos los modernos
Por tu gran prestigio antiguo.

La ninfa junto a la fuente pasa
Y tiene en su blancura
Lo que inspira, lo que dura,
Lo que aroma y lo que abrasa.

Pues al ver la viva flor
O la estatua que se mueve,

Hecha de rosa y de nieve,
Nos toma el alma el amor.

Pan nuestro que estás en la tierra,
Porque el universo se asombre,
Glorificado sea tu nombre
Por todo lo que en él se encierra.

Vuélvanos tu reino de fiesta
En que tú aparezcas y cantes
Con los tropeles de bacantes
Mancillando la floresta.

Hunde siempre violento y vivo
Y por tus ímpetus agrestes,
En el cielo cuernos celestes
Y en la tierra patas de chivo.

Danos ritmo, medida y pauta
Al amor de tu melodía,

Y que haya al amor de tu flauta
Amor nuestro de cada día.

Deudas que el alma amando trunca
Están en tu disposición,
Y no le concedas perdón
A aquel que no haya amado nunca.

Mater Pulchra.

Al general J. Santos Zelaya
en la muerte de su madre.

Es Grecia, es Roma. Clámides
Y togas. Es el tiempo maravilloso. Es
El Partenón, el templo de Apolo, las Pirámides,
Las glorias hechas ruinas que volverán después.

Es el águila enorme que levanta su vuelo
Bañada en la luz sacra de vasta poesía.
Y con todo, la herida de su materno duelo
Hace exclamar a César inundado de cielo:
— ¡Oh madre! ¡Oh madre! ¡Oh madre! ¡Oh dulce ma-
[dre mía!

Cantares andaluces.

Mi nombre miré en la arena
Y no lo quise borrar,
Para dejarles mis penas
A las espumas del mar.

¿De dónde vienes, mi vida?
Vida mía, ¿adónde vas?
Ven a curarme esta herida,
Que no se cierra jamás.

Para qué tanto pensar,
Si en esta cosa tan pura
Saboreamos la amargura,
La amargura de la mar.

Filomela está dormida,
¿Qué te dijo su canción?
Canta sólo en esta vida
Una vez el corazón.

Vida mía, vida mía,
Qué divina está la mar.
¿Cómo no supe aquel día
Que me habías de ovidar?

Está ardiendo mi incensario,
Es una copa de Ofir.
«Navegar es necesario»
Y es necesario vivir.

Me dan los vientos su aliento
Y sopla mi voluntad.
Séle tú propicio, ¡oh viento!,
A la barca de Simbad.

Los olivos.

A J. S.

I

Los olivos que tu Pilar pintó, son ciertos.
Son paganos, cristianos y modernos olivos,
Que guardan los secretos deseos de los muertos
Con gestos, voluntades y ademanes de vivos.

Se han juntado a la tierra, porque es carne de tierra
Su carne; y tienen brazos y tienen vientre y boca
Que lucha por decir el enigma que encierra
Su ademán vegetal o su querer de roca.

En los Getsemaníes que en la isla de oro
Fingen en torturada pasividad eterna

Se ve una muchedumbre que haya escuchado un
 [coro
 O que acaba de hallar l'agua de una cisterna.

Ni Gustavo Doré miró estas maravillas,
 Ni se puede pintar como Aurora Dupin
 Con incomodidad, con prosa y con rencillas
 Lo que bien comprendía el divino Chopin...

Los olivos que están aquí son los olivos
 Que desde las pristinas estaciones están
 Y que vieron danzar los Faunos y los chivos
 Que seguían el movimiento que dió Pan.

Los olivos que están aquí, los ejercicios
 Vieron de los que daban la muerte con las piedras,
 Y miraron pasar los cortejos fenicios
 Como nupcias romanas coronadas de hiedras.

Mas sobre toda aquesa usual arqueología
 Vosotros, cuyo tronco y cuya ramas son

Hechos de la sonora y divina armonía
 Que puso en vuestro torno Publio Ovidio Nassón.

No hay religión o las hay todas por vosotros.
 Las Américas rojas y las Asias distantes
 Llevan sus dioses en los tropeles de potros
 O las rituales caminatas de elefantes,

Que buscando lo angosto de la eterna Esperanza,
 Nos ofrece el naciente de una inmediata aurora,
 Con lo que todo quiere y lo que nada alcanza,
 Que es la fe y la esperanza y lo que nada implora.